

NOVENA EN HONOR A SAN JOSÉ

Primer día de la novena: San José, memoria de Dios Padre

Motivación inicial: En este primer día de oración, fijamos nuestra atención en San José, atento y obediente a la voluntad de Dios sobre su vida. Con San José, en medio de nuestras dificultades, siempre podremos decirle a Dios Padre: “Que se haga, Señor, tu voluntad”.

Proclamación de la Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Mateo:

El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, es del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. (...) Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.

Comentario a la Palabra:

Todo árbol tiene sus raíces propias. Cada árbol da el fruto que le es propio. Cada terreno tiene una consistencia, una composición, que hace posible que se desarrollen determinadas plantas. Lo mismo ocurre con nuestra filiación. El evangelio, a través de la genealogía, sitúa a Jesús encarnado en nuestra humanidad, hijo de Abraham e Hijo de Dios. Esa filiación llega a Jesús a través de José, tal como nos dice la Escritura: “Jacob engendró a José, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo” (Mt 1, 16).

José será para Jesús la memoria del Padre. José aprende a reconocer la voz del Padre, que le irá marcando caminos, con frecuencia, insospechados. José permite que se cumplan los oráculos de los profetas: “De Egipto llamé a mi hijo” (Os 11, 1). José, como buen judío, actúa conforme a la Ley del Señor: “Cada año, sus padres iban a Jerusalén a celebrar la fiesta de Pascua” (Lc 2, 41).

José será también la presencia paterna en la que el niño aprenderá a reconocer el amor de Dios Padre, la ternura del Abbá. El fundador de las Hijas de San José, el jesuita P. Francisco Butiñá nos invita a contemplar esta filial relación entre José y Jesús: “José amaba tiernamente a Jesús y era por él correspondido”. En esa relación de atención, de cuidado, de amor, Jesús percibe en su padre José la grandeza de un hombre creyente que camina abrazando la voluntad del Padre del cielo, del Padre Dios.

Inspirados en esta relación entre Jesús y José, cuidemos la relación de escucha y respeto hacia nuestros padres y madres en la tierra, para así hacer memoria de nuestro Padre del Cielo. Hijos e hijas de hombres y mujeres, podemos reconocernos hijos e hijas de Dios, en Jesucristo. Y hacer nuestra la oración que Jesús enseñó a sus discípulos: Padre Nuestro que estás en el cielo...

Para reflexionar y compartir: Cada día de nuestra novena, vamos a dedicar unos minutos a reflexionar sobre nuestra vida y, si es posible, compartir esta reflexión en forma de petición o acción de gracias.

- ¿Cómo vivo la experiencia de ser hijo de Dios?
- ¿Cómo percibo la voluntad de Dios sobre mi vida?

Oremos: San José, que fuiste el padre de Jesús sobre la tierra, nosotros te tomamos como padre y modelo. Te pedimos que vengas en ayuda nuestra. Necesitamos tu protección para atravesar las dificultades de nuestras vidas. Necesitamos tu fortaleza y fe, que nos ayude a vivir como tú, obedientes y confiados, sumisos a la voluntad del Padre. Ayúdanos a decir siempre: “Que se haga tu voluntad, Señor”.

Que todos aquellos que trabajan por edificar un mundo según el Evangelio se vean revestidos de tu fortaleza y valentía. A imagen tuya, San José, que podamos vivir en la escucha y el respeto a todos aquellos y aquellas con los que cada día nos encontramos en el camino de la vida. Ayúdanos a reconocerlos y recibirlos como hijos e hijas del Padre.

Segundo día: San José, guía para el hombre y la mujer de hoy.

Motivación inicial: En este segundo día de nuestra novena, recordamos a San José como modelo de esposo y padre, hombre justo y responsable.

Proclamación de la Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Lucas:

“Una vez cumplieron todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se desarrollaba lleno de sabiduría y la gracia de Dios permanecía con él”.

Comentario a la Palabra:

José, comprometido con María, mira a su esposa como una verdadera compañera, una madre de familia, incorporada con él a todos los derechos y responsabilidades de la casa de David. Así lo dice la Escritura: *“Todos empezaron a moverse para ser registrados, cada uno en su ciudad natal. También José, que estaba en Galilea, en la ciudad de Nazaret, subió a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era descendiente de David. Allí se inscribió con María, su esposa, que estaba embarazada”.*

Cada mañana, José abre su corazón a Dios. Tiene un oficio difícil. Ha de trabajar para ganar el pan de su familia y ha de enseñar a Jesús la tradición de Israel. Como todos los judíos piadosos, reza varias veces al día, prepara y celebra el sábado, participa en la sinagoga, peregrina al Templo... Se relaciona bien con los vecinos

de Nazaret. Es fiel en el cumplimiento de su trabajo, es justo. Vela en silencio por los suyos... Comparte también con sus vecinos, con las familias más pobres de Nazaret.

Así lo describe el padre Francisco Butiñá, fundador de las Hijas de San José:

“Trabajando con solícito afán, no sólo atendía a las propias necesidades y a las de la familia, más también como éstas eran cortas, socorría igualmente con lo sobrante a los pobres del Señor” (Glorias de San José).

Pidamos a San José tenerle siempre por modelo de padre amoroso, trabajador responsable, hombre justo y fiel. Nuestro mundo tiene una gran necesidad de personas capaces de vivir en fidelidad. Pidamos a San José el don de la perseverancia en nuestros compromisos personales, familiares, laborales y para con Dios.

Para reflexionar y compartir:

- ¿Cómo cuida la vida de aquellos que viven conmigo?

Oremos: Como María y José, venimos llenos de confianza a buscar, junto a ti, San José, el consuelo del que tenemos necesidad, para sobrellevar con paz y fortaleza las pruebas de nuestra vida cotidiana. Ayúdanos a guardar en el fondo de nuestros corazones ese silencio, esa paz, esa alegría que es don de Dios y que nadie nos puede quitar. Enséñanos a permanecer, como tú, abiertos a una confianza total, abiertos a la dicha de quien ha experimentado la relación filial con el Padre. Haznos disponibles a todos los hermanos que buscan un poco de descanso, paz y consuelo en el camino de la vida.

Tercer día: San José, modelo de amor familiar.

Motivación inicial: En este tercer día, miramos a la Familia de Nazaret y rezamos por todas nuestras familias, que sepamos vivir unidos y seamos capaces de acogernos y perdonarnos siempre.

Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Mateo:

Después de la muerte de Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que querían matar al niño”.

José se levantó, tomó al niño y a su madre, y volvieron a la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao gobernaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Conforme a un aviso que recibió en sueños, se dirigió a la provincia de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret”.

Comentario a la Palabra:

Después del tiempo de exilio, José nos muestra el camino a Nazaret. Durante muchos años, José y María son la referencia de vida para Jesús. Jesús aprende de ellos en el silencio y la humildad de una aldea pequeña y escondida. Si José y María oran, Jesús ora con ellos. Si José y María conversan, Jesús participa con ellos. Si José trabaja, Jesús trabaja con él. Si José recorre las calles de Nazaret, Jesús está con él. En la mesa familiar, en el taller, Jesús tiene su lugar: el lugar preferente que, con inmenso cariño, le otorgan María y José.

Así lo describe Francisco Butiñá, el fundador de las Hijas de San José:

“¡Imagínate que nuevo esplendor recibirían todas estas perfecciones con el continuo trato de José con Jesús y María! ¿No te parece que cuando abrazara a Jesús recién nacido, cuando lo llevara en brazos huyendo a Egipto, cuando le enseñara a serrar en el taller, sentiría su corazón encendido en amor de Dios?” (Les Migdiades del mes de maig).

Cuando se reconoce la importancia de los padres en el crecimiento de los hijos, no es posible sino agradecer maravillado la grandeza de esta misión.

San José, es con tu palabra, que tú despiertas la palabra de Jesús y él te responde como un hijo a su padre. Es escuchándote, como él estructura su pensamiento. Es en tu escuela, José, como Jesús forma su voluntad. Es viviendo contigo y con María, como él canaliza su afectividad. Es en diálogo contigo y con María como él orienta su imaginación, sus deseos, sus sueños... Es bajo tu mirada y tu palabra como él crece en la confianza que le hace un hombre auténtico.

San José, tú sabes qué importantes son para nosotros las relaciones de familia y cómo, a veces, nos hieren los problemas o incomprensiones que se dan en el seno de nuestras familias. Ayúdanos a curar todas esas heridas que nos impiden llegar a la plena madurez. Que tu mirada, llena de bondad, y tu palabra modulada de dulce firmeza, nos llenen de esperanza y nos liberen para la misión que el Señor nos ha confiado. Que a través de tu bienaventurada paternidad, aprendamos a ser un rayo de sol en la vida de cada uno de los miembros de nuestras familias, para llevar el calor, la alegría, el apoyo, la bondad y la fortaleza para vivir juntos y construir una sociedad mejor.

Para reflexionar y compartir:

- ¿Qué es lo que puedo aportar a mi familia para hacer de ella un hogar como el de José?

Oremos:

Como San José, podemos imaginarnos en una convivencia con Jesús, desde la primera hora del día hasta la noche. Podemos invitarle a nuestro trabajo y a nuestro reposo. Podemos ofrecerle nuestros pensamientos, afectos y palabras. Podemos vivir cada momento de nuestra marcha cotidiana en su presencia.

San José, ayúdanos a ofrecer a Jesús toda nuestra vida, nuestras alegrías y nuestras pruebas. Te pedimos por todos aquellos que, en medio de las dificultades, se dejan abatir. Dale la fortaleza que necesitan y el don de vivir con serenidad y alegría en medio del dolor.

San José, protector de la familia, ayúdanos a comprender el sentido de la paternidad verdadera, ayúdanos a educar a nuestros niños en la fe, en la caridad y en el respeto profundo a todo aquello que viene de Dios.

San José, modelo para nuestras familias, da a nuestros hijos una visión del mundo que les comprometa a seguir a Jesús en el camino de la vida.

Cuarto día: San José, modelo de trabajadores.

Motivación inicial: En este cuarto día, recordamos el amor de San José hacia el trabajo, que hace de él un modelo para todos los trabajadores. Le pedimos por todos aquellos que hacen de su trabajo una continua alabanza al Padre. Que no les desanimen ni las fatigas de sus manos, ni las de su espíritu, sino que las ofrezcan al Padre, para transformar el mundo a través del trabajo.

Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Mateo:

“Un día Jesús se fue a su pueblo y enseñó a la gente en la sinagoga. Todos quedaban maravillados y se preguntaban: “¿De dónde le viene esa sabiduría? ¿Y de dónde esos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero?” (Mt 13, 54-55)

Comentario a la Palabra:

San José amaba su oficio. Seguramente se sentía orgulloso de pertenecer al gremio de los carpinteros. La situación económica de un artesano de pueblo no era demasiado brillante. José debía trabajar duro para socorrer las necesidades de la familia. Pero, en José, la dureza del trabajo no era ningún obstáculo para hacer del mismo una oración de alabanza al Padre.

Así lo describe Francisco Butiñá, fundador de las Hijas de San José. Dice que José sabía hermanar el trabajo y la oración, convirtiendo la tarea cotidiana en una alabanza:

“Fácilmente hermanaba la oración con el trabajo, la vida activa con la contemplativa, sin impedimento ni cansancio”... (Glorias de San José).

“Con la oración empezaba el día, con la oración la proseguía y al ir a tomar un ligero descanso, con la oración lo terminaba... Aunque ocupado en faenas exteriores no desistía de su oración interior, ni de alabar a Dios con los afectos devotos del alma sacados de la contemplación divina” (Glorias de San José).

En el taller de Nazaret, José toma consigo a Jesús para enseñarle el arte de la carpintería. José le transmite el gusto por el trabajo bien hecho, una enseñanza que cae en la mejor tierra.

Con San José reconocemos que el trabajo testimonia la dignidad del ser humano y su participación en la obra de la Creación. Es una ocasión para perfeccionar la propia personalidad, para servir a los demás, para contribuir al bien de la sociedad.

Francisco Butiñá, que contempló muchas veces a San José en el Taller, afirma que:

“No es el trabajo ninguna humillación; al contrario, es el honor de los hombres de bien”...

Ante Dios, ninguna ocupación es grande ni pequeña. Todo adquiere su valor por el amor que se pone al realizarla. La dignidad del trabajo está fundada sobre el amor. El gran privilegio de la persona es poder amar lo que hace, hacer todas las cosas, todos los servicios, por amor. Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. Perseverar por amor en la realización de las pequeñas cosas de cada día, es casi un acto de heroísmo. Es en la simplicidad del trabajo ordinario, en los detalles de cada día, donde descubrimos aquello que está oculto a los ojos de muchas personas, el secreto que da grandeza y novedad a todo: el amor.

Para reflexionar y compartir:

- ¿Cuál es para mí el valor del trabajo?
- ¿Cómo realizo la tarea de cada día?

Oremos: Señor, por intercesión de San José, modelo de buenos obreros, te pido que me enseñes a amar mi trabajo. Que aprenda a realizarlo con justicia y honestidad. Que con tu ejemplo sepa trabajar con alegría, orden, paz, paciencia y serenidad, reconociendo la gracia que significa tener un trabajo. Que con mi labor aprenda a poner al servicio de los demás todos los dones que he recibido de Dios.

También te pedimos por todos los trabajadores que sufren en su trabajo condiciones de injusticia, falta de salubridad, horarios excesivos... Que quienes tienen en su poder la posibilidad de dar trabajo a otros lo hagan respetando los derechos humanos y la necesaria justicia social.

Que con San José aprendamos a alabar a Dios con nuestro trabajo, y convertirlo en un servicio, en un bien para los demás, para la sociedad, para nosotros mismos.

Quinto día: San José, modelo de vida interior

Motivación inicial: En este quinto día, recordamos la paz y el silencio de San José, buscado y deseado. Este silencio le permite escuchar la voz de Dios, que le habla y le guía siempre y en todas partes. Por su intercesión, le pedimos que nos ayude a crecer en esta bella virtud, que consiste en saber callar y escuchar al Señor y a cada uno de nuestros hermanos.

Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Mateo:

“Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre bueno, quiso actuar discretamente para no difamarla. Mientras lo estaba pensando, el Ángel del Señor se le apareció en sueños...” (Mt 1, 19-20)

Comentario a la Palabra:

El silencio, la alegría y la paz reposan en plenitud sobre ti, San José, y la tristeza no tiene cabida en tu corazón. Nadie te ahorró las pruebas de la vida. Dócil a la orden del emperador, partes de la villa de Nazaret a Belén, con María, embarazada, próxima a dar a luz. No encontraste posada, porque eras pobre. Tuviste que refugiarte en un establo abandonado, donde María trajo al mundo al Hijo de Dios.

Cuéntanos, José, cuál es el secreto de tu paz profunda, de tu confianza tierna e incondicional. Tú conoces bien a Dios Padre, tú estás seguro de que Él no te puede dejar. En medio de cualquier sufrimiento, buscas el consuelo en María y en Jesús, y en el gozo de simplemente obedecer los planes de Dios. A través de ti, oh San José, el rostro de ternura de nuestro Padre de los cielos se revela y se hace transparente.

Por eso, cada día, como nos enseña Francisco Butiñá, queremos invocarte y pedirte:

“¡Oh José, esperanza mía, hacedme pacíficamente activo en el servicio de Dios!” (Visitas a Jesús Sacramentado, Francisco Butiñá)

Para reflexionar y compartir:

- ¿Hemos experimentado ya que nuestro Padre Dios cuida de nuestra vida?
- En nuestro vivir cotidiano, ¿vivimos la paz y la confianza en nuestro Padre Dios?

Oremos: San José, ante la Anunciación, tú entras en la escuela de la aceptación de la soledad humana para vivir con María y compartir su misterio. Ayúdanos a cada uno a superar, en silencio, toda forma de soledad, toda separación; ayúdanos a comprender qué importante es no romper los lazos afectivos cuando la dificultad llega.

Te pedimos por todos los esposos, a fin de que permanezcan fieles a los compromisos asumidos en el matrimonio, y que en una mutua comprensión, puedan conducir su misión a buen fin.

Con José, modelo de vida interior, Señor, te pedimos: ayúdanos a comprender que la vida cristiana no es otra cosa sino amor a Dios y al prójimo. Enséñanos a hacer un poco de silencio interior. Que por la intercesión de San José, nosotros crezcamos en esta bella virtud que consiste en saber callarse para escuchar con atención y amor.

Sexto día: San José, luz en nuestras noches

Motivación inicial: En este sexto día, contemplamos a José como modelo de paz y de esperanza en medio de las dificultades de la vida. En medio de la noche, escucha la voz del Padre. En medio de la noche, reconoce la voz de Dios como una luz y la acoge con una esperanza activa. Hoy es un día para pedirle por todos aquellos y aquellas que viven en la oscuridad.

Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Lucas:

“Después de que los ángeles se volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Vayamos pues hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer” (Lc 2, 15).

Comentario a la Palabra de Dios: Cuando nosotros deseamos con fuerza alguna cosa y no la obtenemos, el sufrimiento, la preocupación, la inquietud hace su aparición. Cuando la noche nubla nuestros pensamientos y nuestras decisiones, entramos en un proceso de desencanto. San José, en la inquietud de no poder ofrecer a su esposa un sitio adecuado para el nacimiento del niño, descubre, en obediencia y confianza, un lugar sumido en el olvido total: un establo, un pesebre que se va a convertir en cuna. Es este lugar de pobreza, de abajamiento, de total oscuridad, el que recibirá la más dulce claridad, la luz más fuerte: la estrella de la Redención.

Más allá de nuestras noches, San José nos enseña a adorar, a estrechar a Jesús en nuestro corazón, para cuidar el fuego del amor y guardar encendida la lámpara de la fe, que ilumine nuestros exilios, nuestros caminos, como guardó los suyos, de Belén a Egipto, de Egipto a Nazaret, y de Nazaret a otros lugares de Galilea donde posiblemente tuvo que desplazarse para buscar trabajo.

Para reflexionar y compartir:

- ¿Cómo podemos ser portadores de esperanza en nuestras familias, en nuestros lugares de trabajo, entre nuestros vecinos, en nuestras parroquias?

Oremos:

Con José, modelo para todos aquellos que buscan consuelo y luz, Señor, te pedimos que nos enseñes a entrar en la intimidad y la experiencia profunda de un Dios próximo, que nos ama profundamente, para que podamos vivirlo todo, incluso nuestros momentos de inquietud y noche, en el abandono, la alegría y la paz.

Te pedimos por todos aquellos que se dejan abatir en las dificultades, que todos tengan la fuerza necesaria en medio del dolor y las preocupaciones de cada día.

Más allá de nuestras noches y de nuestras pobreza, ensáñanos a acoger al Niño Jesús en nuestro corazón y condúcenos, a lo largo de nuestras noches, hacia la verdadera alegría de la vida.

Séptimo día: San José, hombre de las bienaventuranzas

Motivación inicial: En este día, contemplamos a José como hombre sencillo, que en medio de su pobreza, sabe vivir la mansedumbre, la misericordia, la solidaridad con los demás...

Palabra de Dios:

Del Evangelio según San Mateo:

Viendo la multitud, Jesús subió al monte, vinieron a él sus discípulos, y les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Comentario a partir de la Palabra:

Conocemos cómo ha sido la infancia y la juventud de un hombre por lo que después, en su vida adulta, vive y transmite. Si en Jesús vemos una gran solidaridad, una gran compasión hacia los pobres, una gran misericordia con los desvalidos, es porque eso mismo lo ha conocido en sus padres, durante su vida oculta en Nazaret, en la manera de actuar de José y María.

El Padre Francisco Butiñá (fundador de las Hijas de San José) nos invita a contemplar el hogar de Nazaret como el lugar donde se vivieron las bienaventuranzas antes de ser proclamadas.

“José y María eran tan cariñosos y caritativos que robaban los corazones de cuantos los trataban. Nunca hablaban mal de nadie, hacían toda la caridad que podían y cuando algún vecino o pariente necesitaba de su ayuda, no se hacían los pobres ni los esquivos, sino que con una cara que infundía confianza y amor ayudaban a todos según sus fuerzas” (F. Butiñá, Les Migdiades).

Posiblemente los ejemplos de José, ayudaron a Jesús a reconocer que la mayor felicidad del mundo no está en el tener muchas cosas, sino en pasar por la vida haciendo el bien. Jesús pudo descubrir en José un hombre atento a las necesidades de los otros, más que a uno mismo. Jesús descubrió en José un modelo de

misericordia, mansedumbre, solidaridad, limpieza de corazón, lucha por la justicia... Y todas esas cualidades hicieron de José un hombre dichoso, bienaventurado, feliz.

Oremos: Por intercesión de San José, hombre bienaventurado, te pedimos Señor que nos ayudes a descubrir el secreto de la felicidad verdadera, la que tú has querido mostrarnos en tu vida y en tu entrega. Que no nos dejemos engañar por otras promesas de felicidad.

Octavo día: San José, custodio y protector de la Iglesia

Motivación inicial: Nosotros contemplamos a San José como protector de las familias y de la Iglesia. Le pedimos que guarde a nuestras familias y a la Iglesia, nuestra gran familia, como él ha guardado y protegido a su familia de Nazaret.

Palabra de Dios:

“El Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: levántate, toma al niño y a tu madre, y vuelve al país de Israel” (Mt 2, 13).

Comentario a partir de la Palabra:

José ha vivido su vocación de protector de María y de Jesús, en una constante atención a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto. José ejerce esta misión con discreción, humildad, en silencio...

Después de su Resurrección, Jesucristo tiene un nuevo cuerpo místico, que es la Iglesia. Nuestros pastores tienen la misión de animar este cuerpo místico, del cual todos los fieles creyentes somos miembros. Tienen la misión de mantener y hacer crecer la vida de Jesús en todos los cristianos. ¿Y no es esa la vida de San José? ¿Podemos encontrar un modelo mejor? Así, San José, protector y custodio del Hijo de Dios, se convierte, por gracia de Dios, en patrón de la Iglesia.

Extraído de un Mensaje del Papa en la fiesta de San José (2013):

Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la

creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

El preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Para reflexionar y compartir:

- ¿He experimentado alguna vez en mi vida la protección de San José?

Oremos: San José, tierno esposo de María, tú compartes con ella las alegrías y dificultades en la misión de cuidar al Hijo de Dios y ayudarlo a crecer. San José, ensáñanos a amar a la Iglesia, a ser fieles a la Eucaristía, a participar en su misión y a hacerla crecer con nuestra vida de fe, con nuestro anuncio de la Buena Noticia y con nuestro ejercicio de la caridad.

Te confiamos el cuidado de todas las comunidades cristianas, a fin de que en ellas siempre reine la paz de Cristo. En su nombre hemos sido llamados a participar en un mismo cuerpo. Guarda en tu corazón la vida del Papa, de nuestros obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, catequistas, misioneros... para que todos seamos uno en el amor. Y haz que la Iglesia sea, en medio del mundo, un recinto de paz, de justicia y de amor, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando.

Noveno día: Nazaret, la casa familiar

Motivación inicial: En este último día de nuestra novena, contemplamos Nazaret, la casa familiar, donde María, José y Jesús siempre nos esperan, donde podemos ir para reposar, estar a gusto, conversar con ellos sobre la vida cotidiana, sobre lo que nos ocupa y nos preocupa. El Padre Francisco Butiñá (fundador de las Hijas de San José) del que hemos leído varios textos a lo largo de los días de esta novena, siempre nos invita: "Entra en Nazaret, mira, contempla... ¿qué ves?".

Que sepamos continuar el camino de las bienaventuranzas de la vida oculta que Jesús ha comenzado en Nazaret.

Palabra de Dios:

“Una vez que cumplieron todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se desarrollaba lleno de sabiduría y la gracia de Dios permanecía con él” (Lc 2, 39-40).

Comentario a la Palabra:

Después del exilio, del tiempo de desierto, del tiempo de inquietud, José vuelve a Nazaret, con Jesús y María. Volver a Nazaret es volver a la casa familiar, saborear la ternura de la vida en familia, recomenzar la vida sencilla de trabajo.

Nazaret es la escuela del silencio, de la paciencia, del aprendizaje... Nazaret es el Taller donde se teje la fraternidad. Nazaret es el lugar donde se construye la historia de la familia, donde se aprende a ser hijo de Dios Padre y hermano universal de todos los hombres y mujeres del mundo. Nazaret es la escuela del trabajo y la oración hermanados, donde se respira la simplicidad y la profundidad de la vida verdadera.

En este último día de novena, hacemos una invitación a entrar, a contemplar, a imaginar la vida sencilla de Jesús, María y José, como si presentes nos halláramos:

Llegamos de mañana a Nazaret con el pretexto de recorrer sus calles, observar sus típicas y pobres construcciones y acercarnos a sus gentes. Saludamos al primer vecino que encontramos con un "Shalom", nacido del deseo verdadero de paz. Preguntamos por José. Nuestro interlocutor se lleva su mano a la frente, pensativo, y al fin dice: "¡Ah!, sí, "el carpintero", vive ahí mismo, con su mujer y el hijo, son buena gente, trabajan en lo que pueden aquí, en el pueblo.

Mientras subimos la cuesta que nos conduce al taller, vamos recordando que el trabajo es una dimensión de la persona que la sitúa en la humanidad, la identifica en el pueblo y expresa, en parte, su personalidad.

Encontramos a toda la familia trabajando, con medios rudimentarios y sencillos, haciendo las pequeñas cosas necesarias en un pueblo agrícola y primitivo.

Nos llama la atención el hijo. Está metido de lleno en el ambiente familiar, como para continuar la tradición: será carpintero, como el padre. La madre, María, muele el trigo con una pequeña piedra para hacer el pan de cada día.

No supimos comprender por qué esta visita, tan cotidiana y normal, se nos quedó especialmente prendida en el corazón y en la retina.

Años más tarde unos viajeros nos trajeron noticias. José, el Carpintero, había muerto sin dejar otra herencia a su familia que las pobres herramientas del taller. La gente contaba que vivía su oficio como verdadera vocación. Hasta aquí todo normal.

La noticia grande vino cuando el hijo, Jesús, apareció un día en la sinagoga de Nazaret, diciendo que en Él se cumplían las Escrituras, que Él era el enviado de Yahvé. Esto fue extraño para los vecinos de Nazaret, que siempre lo habían visto como hijo del "carpintero". Es decir, le veían humano, uno más, uno de tantos, un trabajador. Por eso, lo despreciaron.

Trabajador, albañil, maestro, agricultor, cocinera, maestra, obrera, panadero, camionero, taxista, limpiador, ingeniero... tienes que saber que con tu trabajo “puedes ser santo y un gran santo”, con tal de hacer bien y con amor tu trabajo de cada día.

El Padre Dios, al crear, nos llamó colaboradores con Él en la construcción de su obra, desde cualquier trabajo.

En Nazaret, en un pequeño taller de carpintero, se juntaron la grandeza de Dios creador en el rostro y las manos concretas de un joven aprendiz, Jesús. José le enseñó a fabricar yugos, arados y pequeñas cosas. De la mano de José, y con el Fiat de María, en Nazaret sucedió el milagro de que el omnipotente Yahvé, creador y liberador, se hiciera carne y hueso en un carpintero. (M^a Jesús Aguirre, fsj)

Para reflexionar y compartir:

- ¿Qué es lo que he descubierto en Nazaret?
- ¿Puedo decir que Nazaret transforma mi vida?
-

Oración final: Oh José, padre adoptivo de Jesús, esposo de María Virgen, cada día intercede por nosotros ante Jesús, el Hijo de Dios, a fin de que fortalecidos por su gracia, podamos vivir las virtudes de Nazaret y ser asistidos por Él en la hora de la muerte.

Jesús, José y María, sed en todo nuestra norma y guía.

Equipo de Pastoral FSJ

Quevedo (Ecuador), Marzo 2020